

DISCURSO DE CONTESTACION
DEL
Ilmo. Sr. D. JUAN BARCELO JIMENEZ



Con verdadera satisfacción recibí el encargo de la Academia «Alfonso X el Sabio» de contestar al Discurso de Ingreso, y dar, por lo tanto, la bienvenida al Académico electo Alberto Colao en el solemne acto de la toma de posesión como Numerario. Y asentí con gusto, no porque me considere con méritos suficientes para ello, pues otros compañeros lo podrían hacer mejor, sino porque mi negativa hubiera significado no corresponder a una vieja amistad y a una profunda admiración por el humanista, situaciones que comenzaron hace más de veinte años, precisamente una noche lluviosa cuando Colao y un amigo arribaron al Colegio Mayor «Cardenal Belluga», de nuestra Universidad, en una moto, para más señas, implorando del profesor de Hoyos y de mí la participación del gran Charles Moeller ante un grupo de intelectuales de Cartagena, en un coloquio sobre la religiosidad de Unamuno a través de su *Diario Intimo*. Accedimos gustosos, y al día siguiente el coloquio se celebraba frente a las tranquilas aguas del mar cartagenero, con la altura intelectual y la agudeza crítica del pensador europeo, y la plena gratitud de los asistentes. Desde entonces esta incipiente amistad fue aumentando, alimentada por animadas reuniones en su establecimiento de librería de la calle de San Francisco. Quiero, antes de nada, traer aquí un recuerdo emotivo y sincero de todos los compañeros de Academia para el Dr. García Martínez, Académico Numerario que fue, desaparecido de inesperada muerte hace unos años, y cuyo sillón ha ocupado mercedamente otro cartagenero ejemplar: Alberto Colao.

La biografía del nuevo Académico, a la que pienso sólo aproximarme, es densa, compleja y amplia al mismo tiempo. Cartagenero de pura cepa, se precia de ser bisnieto del cantonal Alberto Colao, personaje referido por Sender, García Abellán y otros, y de quien Galdós dice en uno de sus *Episodios* que «era la figura más saliente, pintoresca y castiza del Cantón Cartaginés». Y nieto, nuestro Académico además, de otro Alberto, abogado brillante, varias veces alcalde conservador de Cartagena a finales del



siglo pasado, pero que al mismo tiempo practicaba en los ratos de ocio sus aficiones literarias. Ambas connotaciones genealógicas bien podrían ser un valioso antecedente para caracterizar la personalidad en algunos aspectos del nuevo Académico, que hoy para prestigio y mayor honra de esta Academia, recibimos en su seno. Los estudios superiores los realiza en la Universidad de Montpellier (Francia), donde se licencia con una tesis sobre *El condenado por desconfiado. Ensayo de interpretación ideológica*. Más tarde se especializa en Literatura Hebrea, ampliando estudios como postgraduado en las Universidades de Ginebra (Suiza) y Detmold (Alemania). Frutos de esta especialización bíblica, orientada fundamentalmente al Antiguo Testamento, son sus traducciones de *Jeremías* de Albert Gelin y el *Ezequiel* de Paul Auvray, más sus obras *Los Profetas Menores* y *el Libro de Daniel*, y las inéditas relativas a Isaías, David y Salomón.

Vuelto Colao a Cartagena, con este bagaje de sabiduría oriental y religiosa, funda la Editorial *Athenas Ediciones*, en donde se publican obras de interés general (poesía, filosofía y traducciones), y en la Colección *Almarjal* temas cartageneros y regionales. En este ambiente tranquilo y sereno, Colao se dedica por espacio de varios años a incrementar su labor editorialista, pero al mismo tiempo convertido en «museo del discreto» su establecimiento de librería, a estudiar, traducir y escribir obras, casi siempre dedicadas a exaltar los valores de Cartagena. No deja esta buena persona de Colao, cartagenero y castellano amante del buen yantar, y fervoroso catador de los sabrosos caldos de estas tierras, de ser el promotor y coordinador de cualquier actividad cultural que se organice en su ciudad, centrandó siempre su inquietud hacia lo selecto con rigor intelectual, y al conocimiento objetivo de la verdad. Estos presupuestos fueron los que orientaron su brillante quehacer al frente de la Biblioteca «San Isidoro» y del Aula de Cultura de la Caja de Ahorros de Alicante y Murcia en Cartagena. Su labor de traductor, aparte la ya citada, se refiere a obras de Emile Bréhier, Alain, Moeller, Schweitzer y Evdokimov. Con Moeller, con el que Colao tiene concomitancias, colaboró en un estudio y edición del *Diario Intimo* de Unamuno. Independiente de las obras inéditas de Colao —alrededor de quince—, su labor investigadora la ha orientado preferentemente hacia temas de Cartagena. En este sentido, él mismo nos da la base de su metodología: «En todos mis estudios de historia de Cartagena, siempre he tenido particular satisfacción en acercarme, más que a asuntos a personas; más que a la historia, a sus protagonistas». Y en efecto, esta dimensión humana de acercamiento e interpretación nos lleva a valorar positivamente sus trabajos, que bajo esta faceta de investigador y escritor localista nos va a presentar la cultura de Cartagena a través de los siglos con un amor desmedido por las cosas de su ciudad.



Objeto de su atención ha sido hasta hoy el periodo comprendido entre los siglos XVI y XX. Sin llegar a una cita completa, pensemos en *Descripciones de Cartagena en el siglo XVI*, que agudamente relaciona con las figuras de Hurtado, Cascales y Cervantes; *Descripciones de Cartagena en el siglo XVII*; *Intelectuales en la Cartagena del siglo XVII*, o el interesante ensayo sobre *Beltrán Hidalgo, poeta y gentil escritor taurino*. Sobre el XVIII, le interesa especialmente la figura de Fray Leandro Soler, que él mismo ha calificado con acierto de Feijóo murciano. Siente Colao verdadera admiración por los valores cartageneros del siglo XIX, como ha demostrado en sus estudios sobre el Marqués de Valmar, sobre Jiménez de la Espada, sobre el actor Máiquez, o el mismo Villamartín, personaje que ya fue objeto de su atención en un breve estudio publicado en la colección «Almarjal». También se acerca a los valores del siglo XX con un ensayo del poeta Miguel Pelayo, e incluso anuncia trabajos de más amplitud y actualidad sobre Sociología de la literatura en Cartagena.

Quevedo, Cervantes y Azorín constituyen su gran trinidad literaria; pero para Colao la literatura, como aspecto esencial de un concepto más amplio, no sólo es la obra de creación, sino cualquier manifestación en el campo de la ciencia que cumpla unos requisitos estéticos en cuanto a la expresión. De aquí su acercamiento a científicos y pensadores: San Isidoro, Jiménez de la Espada, o a eruditos como Valmar, o a enciclopedistas e historiadores, e incluso a médicos escritores. En esta línea se mueve el tema central de su Discurso de Ingreso: *Villamartín, militar, filósofo y escritor*. Como aficiones del nuevo Académico, según sus amigos más íntimos, todo lo popular y el trato con la gente del pueblo; sus hábitos, el estudio y la contemplación del firmamento; pero no le ocurre a Colao lo que algún biógrafo afirma de Alfonso el Sabio, pues aquél mira al cielo, pero tiene los pies en la tierra.

Villamartín es la figura cartagenera del XIX que Colao ha elegido como tema de su Discurso de Ingreso en esta Academia. Renuncio a una exposición detallada del trabajo, ya que se acaban de escuchar por boca del autor algunos fragmentos, y además está editado por la Academia. La reposada lectura del ensayo nos pone en contacto con Villamartín en sus facetas de militar que honra la tradición de Cartagena, de humanista y filósofo, es decir, de pensador, y por último, de escritor, autor entre otras obras de *Nociones del Arte Militar, Napoleón y la Academia de Ciencias* y de la *Historia de la Orden Militar de San Fernando*. Los rasgos biográficos que trae a colación de Villamartín, aportan datos sobre los trabajos de Vidart, Aguirre Prado, Salas López, Díez Alegría y Martínez Leal, deteniéndose fundamentalmente en la formación humanística del



biografiado, en sus lecturas, Kant, Hegel, Spencer, Rousseau..., y en la trayectoria militar, siempre ascendente, destacando la fidelidad, bizarría, valor, honestidad, patriotismo y vocación intelectual del ilustre soldado cartagenero, que elogiado por Napoleón III como «escritor militar del siglo y profeta de la guerra», muere, según estimación acertada de *El Correo Militar*, «joven, muy joven; pobre, muy pobre; digno, muy digno». Y partiendo de estas póstumas consideraciones y del penetrante estudio de sus obras, Colao va a trazar con mano maestra un panorama y una situación definitiva del personaje dentro del pensamiento y de la historia de la ciencia militar española del siglo XIX. Creo que sobre las circunstancias, Colao destaca al máximo la personalidad y la condición intelectual de Villamartín. Sobre una incipiente labor dramática —*El Tuerto Rey*, obra no representada, de intención político-social—, y de los trabajos periodísticos, en los que coincide, por el pensamiento más que por las ideas, con su paisano Garrido —el ideólogo socialista del XIX— el pensamiento de Villamartín está incluido en sus obras de carácter militar. Se destacan, por su modernidad, las ideas relativas a la diplomacia y su influencia al ser usada por políticos y militares; a la religión; al federalismo —con puntos de vista hoy citados por los tratadistas de la materia—; a la justicia militar; a la guerra y su futuro, y también a la paz.

Particular énfasis ha puesto Alberto Colao en destacar tres aspectos en los escritos de Villamartín: sus observaciones psicológicas sobre los acontecimientos, incidiendo en la penetración del autor, lo que da un permanente interés a su doctrina; en el sentido de modernidad, mejor diríamos actualidad, sobre aspectos tan interesantes como la guerra, la preparación de los ejércitos, las dimensiones mundiales de los conflictos, o la táctica a emplear en futuras contiendas; y en tercer lugar, sus ideas sobre la palabra, «el principal elemento de dominio del hombre sobre el hombre», sobre las condiciones de la oratoria militar, o lo relativo a las cualidades del escritor. Villamartín no es el literato puro para quien el esplendor de la expresión constituye un fin en sí mismo. Su punto de vista sobre la ciencia desde una dimensión filosófica, y de otra parte las consideraciones sobre las bellas artes sobre el paisaje —para Colao, precursor en parte de los paisajistas del 98—, y sobre la contemplación de la naturaleza, datos que se sacan de su obra *Manual del Viajero. San Lorenzo de El Escorial*, contribuyen a perfilar la personalidad de Villamartín en los aspectos tratados por Colao.

Colao ha escrito un ensayo profundo, acabado, más que del personaje, de sus ideas; trabajo que excede en mucho lo exigible para un Discurso de esta naturaleza. Un estudio definitivo, que desde hoy enriquece la literatura militar, o de temas militares, y nos confirma el sentido



profético de Villamartín y la actualidad de sus ideas. En este aspecto cabe rastrear en el pensamiento de Villamartín coincidencias con el socialismo de la época, por lo menos en lo conceptual; pero sobre cualquier ideología, siempre encontraremos al militar enamorado de su carrera; al valiente y aguerrido soldado; al ilustre patriota; al intelectual de profunda formación humanística dentro de la familia castrense; al escritor de literatura científica; al poeta —sólo una vez—, que ingenuamente como Berceo implora la protección de la Patrona de Cartagena para que libre a la ciudad de las calamidades que le aquejan; al filósofo de la historia, y por lo tanto, según sus ideas, de la guerra, porque la historia es guerra; al dominador de un castellano puro que emplea en sus obras; a hombre, que según Colao, su verdadera vocación era la cátedra, sin que jamás se sintiera molesto en la milicia.

Felicito al nuevo Académico por este trabajo tan completo, tan sugerente y de tanta actualidad, muestra una vez más de su madurez intelectual y de sus amplios horizontes en la concepción de la cultura. No es ciertamente culminación de investigaciones sobre la vida, los hombres y el pasado de su ciudad querida, pues en estos momentos nos anuncia la próxima publicación de la *Literatura del agua*, que seguramente no será sino hacer, una vez más, literatura con los cotidianos y seculares problemas de Cartagena y de sus gentes. La Academia «Alfonso X el Sabio» se honra contando entre sus miembros de número, con un cartagenero, con un hombre de la categoría intelectual y humana de Alberto Colao, que contribuirá a que las tareas de esta institución se vean incrementadas en parcelas de la investigación tan interesantes como las que cultiva el nuevo Académico. En nombre de mis compañeros de esta corporación cultural, le doy la bienvenida, esperando que su colaboración, que es tanto como decir la colaboración fraternal de las dos ciudades, sea cada vez más intensa y beneficiosa para la cultura regional murciana.

